

PRÓLOGO A LA NOVELA "LA CALANDRIA."

No es este libro del número de los que necesitan prólogo ajeno, y si aparece ahora precedido de las presentes líneas, es, acaso, porque el autor de LA CALANDRIA me distingue con su estimación y ha querido asociar mi nombre al suyo, en una obra cuya publicación se debe, en no pequeña parte, á mi tenaz empeño por que no permanezcan inéditas las producciones que juzgo honra y prez de las letras nacionales. Glorióme,—perdone el lector este arranque de legítimo orgullo,—glorióme de haber enriquecido la bibliografía mexicana con gran número de libros que seguramente habrían permanecido archivados por sus autores, si no hubiese sido por mi afán en procurar su impresión, pensando que á trueque de tal servicio podrían darse por compurgadas las faltas cometidas en mis propias obras. Por cada una de éstas, defectuosas como mías, puedo presentar varias ajenas, de indiscutible mérito, publicadas merced á mí, que gozo con los triunfos del saber y del ingenio de los demás, porque debo al cielo el don inestimable de no haber sentido jamás el torcedor de la envidia.

Figura, entre esas obras ajenas, LA CALANDRIA, novela que, con ser la primera de su autor, le colocó desde luego en distinguido lugar entre los buenos novelistas contemporáneos. Éxito tan brillante, como el obtenido por Rafael Delgado, no me causó la menor sorpresa. Teníale de antemano por correcto escritor y galano poeta; sabía que, entre otras muchas, posee cualidades eximias de espíritu observador, de acierto para la descripción de las costumbres populares, de habilidad para dar vida y animación al diálogo, y sobre todo, de saber sorprender á la naturaleza en sus instantes más hermosos y más solemnes para reproducir sus bellezas, no con la servil exactitud de la fotografía, sino con las mágicas tintas del artista consumado.

Talento, instrucción, alma noble, corazón abierto á todo sentimiento generoso, dicción pura y castiza, sin resabios de arcaísmo y rebuscamientos empalagosos, eso y más había yo reconocido en la personalidad y en los escritos del joven literato de Orizaba, del aventajado discípulo del modestísimo sabio D. Silvestre Moreno Cora, y ansiaba yo, por lo mismo, que sus producciones fuesen conocidas y estimadas dentro y fuera de nuestro país.

Por eso, al fundar en 1889 la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, en unión de Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera y otros cultivadores de las letras, puse el mayor empeño en contar á Rafael Delgado en el número de nuestros mejores compañeros, y por eso le pedí, con verdadera tenacidad, que poniendo en orden sus apuntes diese forma á LA CALANDRIA, novela tan sólo proyectada á la sazón. Mis esperanzas no resul-

taron fallidas: apareció LA CALANDRIA en las páginas de la *Revista Nacional*, y desde sus primeros capítulos fué saludada por el aplauso de los más entendidos literatos de México, de Sud-América y de España misma. La prensa periódica no se limitó á elogiarla, sino que reprodujo algunos de sus pasajes más bellos, é indicó la conveniencia de formar un volumen con aquellas páginas, para facilitar más su lectura, poniéndolas al alcance de los que no acostumbran subscribirse á Revistas científicas y literarias. Muchos de sus amigos instamos á Rafael Delgado, y al fin obtuvimos de él la promesa de hacer la presente edición.

¿Necesitaré entretener al lector con una disertación sobre la escuela en que Rafael Delgado se afilió al escribir LA CALANDRIA? ¿Será preciso que repita *mutatis mutandis* lo que en defensa del realismo puro y bien entendido se ha dicho en el mundo con motivo de las desenfrenadas licencias de varios de los novelistas contemporáneos? ¿Deberé detenerme á señalar, ya que no todas, sí las principales bellezas de LA CALANDRIA, para prevenir el ánimo del lector? Creo firmemente que no.

Cuando en los prólogos de ciertas obras se entretienen algunos escritores en desentrañar los más recónditos pensamientos del autor, y se divagan en disquisiciones filosóficas y en la exposición de teorías estéticas, resulta, casi siempre que atribuyen al libro que examinan tendencias que distan mucho de ser las mismas que tienen centro y arraigo en la mente del autor; ó sucede, y es lo más frecuente, que el lector, prescindiendo de advertencias preliminares, busca por

sí mismo la verdad y la belleza de la producción, sin aceptar las indicaciones del prologuista que pretende guiarle. No me expondré á desempeñar tan desairado papel. Empero sería injustificable que dejara de decir aquí,—sin pretender, por supuesto, establecer comparaciones que acabarían por concitar el celo y la emulación de otros autores mexicanos, en contra de LA CALANDRIA,—que, á mi juicio, no solamente llena la primera y principal condición de toda obra de arte, cual es la de realizar la belleza, sino que responde á una de las necesidades que aquejan á nuestra literatura, y la cual necesidad no es otra sino la de llevar, por decirlo así, el sello de la nacionalidad de los autores.

LA CALANDRIA es una novela genuina y netamente mexicana. En ella no hay reminiscencias de costumbres extranjeras; se desarrolla en un medio,—como se usa hoy decir,—que es enteramente nuestro; palpita en todas sus escenas el sentimiento que caracteriza á nuestra raza; nada hay de convencional ó de amanerado, por asimilarnos lo que no es en nosotros genial ó nativo; los hermosos paisajes á que Rafael Delgado nos conduce nos son, puede decirse, familiares, y si los encontramos más bellos, es porque el artista posee el don, como se ha repetido tantas veces, de penetrar lo que, aunque está á la vista de todos, sólo su mirada sabe y puede abarcar en la plenitud de su luz, de su poesía y de su encanto.

Páginas hay en LA CALANDRIA que se asemejan á los cuadros de Velasco, el mejor de nuestros paisajistas; páginas que nos transportan á las rumorosas florestas de la región oriental de México, y que despertarán en

los extraños el deseo de conocerlas y de aspirar sus perfumes, bañarse en su luz y deleitarse con sus armonías.

Que no son un arcano para nuestro novelista las pasiones que conmueven á la clase social á que pertenecen los personajes de LA CALANDRIA, va á verlo el lector, y al verlo asignará á Rafael Delgado alto puesto entre sus autores predilectos.

Y baste con lo dicho; que las demás excelencias que sobresalen y brillan en las páginas de este libro, perlas preciosas de la corona literaria de Rafael Delgado, el lector será quien, si sabe sentir y amar lo bello, las engastará en la palma que, en mi sentir, merece quien ha dotado á la literatura nacional con una obra que podemos presentar á los extraños como un testimonio de que existen en nuestro país entendidos cultivadores del género literario más en boga en los actuales tiempos.

México, Noviembre 22 de 1891.

Francisco Sosa.

SUPLICIO DE LAOCONTE.

(VIRGILIO.—ENEIDA, LIB. II.)

De Laoconte que, ardiendo en ira, lanza
Venablo rudo al flanco del ingente
Corcel forjado en la perfidia griega,
Las de Troya Deidades enemigas
Decretan el castigo, cuyo espanto
La venda espese al ofuscado pueblo.

Por la suerte Laoconte al sacerdocio
De Neptuno llamado, con solemne
Rito en su altar, un lucio toro inmola,
Cuando he aquí... ¡me horrorizo al recordarlo!
Que de Tenedos, isla no distante,
Dos serpientes enormes enroscadas
Al piélago se arrojan, por enmedio
De las serenas ondas de consuno
Viniendo á nuestra playa, el pecho erguido
Y dominantes las sanguíneas crestas,
Y enarcando y tendiendo entre las olas,
Mientras avanzan, lo demás del cuerpo.
Ruge el mar con estruendo y forma espuma.
A la ribera llegan, inyectados
En sangre y fuego los vivaces ojos
Y lamiendo las fauces silbadoras
Vibrantes lenguas. A su aspecto huimos

Pálidos de terror. Ellas con firme
 Movimiento resuelto, hacia Laoconte
 Van y, ante todo, abrazan una y otra
 A sus dos tiernos hijos, los estrechan,
 Y sus míseros miembros atarazan.
 Luego á él mismo que, armado, iba en su auxilio,
 Embisten y aprisionan; y aunque en dobles
 Círculos ya los escamosos cuerpos
 Oprimieron dos veces la ciutura
 Y el cuello de la víctima, sobre ella
 Cabezas y cervices aparecen
 Irguiéndose. Con ambas manos lidia
 Por desatar Laoconte aquellos nudos:
 Sangre corrupta ya, negra ponzoña
 Sus ínfulas destilan. A los astros
 Alza horrendos clamores semejantes
 Al mugido del toro que ante el ara
 Huye, del cuello herido sacudiendo
 Mal clavada segur. Las dos serpientes
 Se deslizan y evaden hacia el alto
 Templo de Palas rígida, y se esconden
 Bajo sus pies y su redondo escudo.

J. M. ROA BÁRCENA.

HORACIO.—SÁTIRAS.

LIBRO PRIMERO.

SÁTIRA I.

A MECENAS.

(Al Señor Don José María Vigil.)

¿Por qué, Mecenas, para nadie es bueno
 Lo que ha por arte ó por azar logrado,
 Y mira, codicioso, el bien ajeno?

“Feliz el mercader”—clama el soldado,
 Gimiendo al paso que su edad avanza
 Y de marcial fatiga trabajado.

Y el otro si la mar no está en bonanza:
 —“¡Oh soldado feliz!”—¿Qué?—“Lucha y muere,
 O en un momento la victoria alcanza.”

Ser campesino el defensor prefiere
 Si al despuntar el alba un importuno
 Llama á su puerta y consultarle quiere.

Y si aquél dió su fianza por un tuno
 Y le arrastran á juicio, al opulento
 Juzga por más dichoso que otro alguno.

Muchos ejemplos más prueban mi intento,
Y tantos, que decirlos no sabría
Fabio el verboso sin tomar aliento.

No más me empeñaré en esta porfía;
Mas oye mi intención. Si á los mortales
Dijérais un dios: "Voluntad mía

Es remediar vuestros acerbos males.
Soldado, ya tu militar arreo
He trocado en efectos comerciales;

Defensor, está lleno tu deseo,
La toga he convertídotte en arado,
¡Ea! A la mar y al campo á vuestro empleo.

¿No váis?—No irán.—¿Y estaba decretado
Que trocaran en flores sus abrojos
Dejando el propio por ajeno estado!

¿No merecen de Jove los enojos
Y que les diga el dios que en adelante
No ha de cumplir tan fácil sus antojos?

Además (pero no como farsante
Por mis chanzas me tengan; que entre chanzas
También se muestra la verdad triunfante,

Como da por lograr sus esperanzas,
Confites el maestro al educando
Porque entienda mejor sus enseñanzas),

Hablemos seriamente, abandonando
El lenguaje ligero. El que la tierra
Con incansable afán vive labrando,

El hostelero falso, el que en la guerra
Valiente lucha, el bravo marinero
A quien el mar enfurecido aterra,

Arguyen que si van tras el dinero
Es por tener de viejos paz amiga,
Seguro el pan y gozo verdadero.

Y de ejemplo nos citan á la hormiga
Que, previsora, hacina con presteza
Su provisión sin perdonar fatiga.

¿Donoso ejemplo. . . ! Cuando el año empieza
Y tiende Acuario su plumizo velo,
La hormiga ni aun asoma la cabeza.

Muy quieta permanece en el subsuelo,
Prudente vaciando la bodega
Que abasteció con singular anhelo.

¿Y el avariento. . . ? Por lucrar se entrega
A guerra, y mar, y frío, y sol ardiente,
Si alguno más tesoros que él allega.

¿Qué le da amontonar el reluciente
Oro y brillante plata si medroso
Los ha de sepultar profundamente?

¿Los consume. . . ? Será menesteroso.
¿No los consume. . . ? Entonces ¿qué aprovecha
De sus montones de metal precioso?

Y aunque obtenga de mies rica cosecha,
No contendrá su estómago más grano
Que el del que vive en condición estrecha.

Un siervo lleva el pan y le es en vano,
Porque dél no recibe más porciones
Que otro que vaya mano sobre mano.

¿O le da más arar cien posesiones
O mil al que conforma su existencia
De natura á las rectas prescripciones?

Que en coger de lo mucho hay complacencia. . . .
 ¿Y si de poco tomo lo bastante
 Me dará más que un cesto la opulencia?

El sediento apagar la devorante
 Sed quiere, y más que á plácida corriente
 Corre á beber á río amenazante

Y bebe en la ribera el imprudente,
 Cuando de pronto su caudal agita
 Y lo arrebató el rápido torrente.

Mientras quien á lo justo se limita,
 Ni turbia el agua bebe, sino pura,
 Ni su vida á perder se precipita.

¿Y el avaro nos dice en su locura
 Que jamás lo que abunda causa daño;
 Que sólo vale el que tener procura. . . .!

¿Qué hacer dél? Pues dejarle el gusto extraño
 De ser pobre y tener las arcas llenas,
 De ser gran opulento y gran tacaño.

Acude á mi memoria que en Atenas
 Cierta ricacho codicioso había
 A quien jamás las burlas dieron penas.

“Me silba el pueblo—impávido decía—
 Mas ver montones de oro reluciente
 Es, en mi casa, toda mi alegría.”

De sed espira Tántalo en la fuente. . . .
 ¿Te ríes? ¿Y por qué? Lleno está el mundo
 De Tántalos con nombre diferente.

Ven su dinero con afán profundo,
 Lo reverencian como objeto santo,
 Lo admiran como cuadro sin segundo.

—¿Para qué sirve, pues?— Dirásme en tanto.
 —Pues para comprar pan, vino, legumbres
 Y cosas cuya falta da quebranto.

¿Velar siempre, tener mil pesadumbres,
 Miedo á esclavos, incendios y ladrones
 Entran del hombre recto en las costumbres?

Prefiero la pobreza á los doblones.
 —Mas si un resfriado en cama te postrare
 —Me dirás— ó impensadas ocasiones,

No habrá quien medicinas te prepare,
 Por el físico vaya, se apresure
 A volverte á tus deudos y te ampare.

¿Y quién por el avaro hay que se apure?
 Hijos, mujer, vecinos, allegados. . . .
 Nadie querrá que su existencia dure.

¿Lo querrán los que fueron postergados
 Por él al oro, ó le tendrán ternura
 Los que dél fueron antes despreciados?

Si los parientes que le dió natura
 O amigos caros á su lecho quiere,
 Con solo afán en vano lo procura.

Como si al asno freno le pusiere
 Y cual bridón corriendo por el llano
 Que al freno fuera dócil pretendiere.

Que cese el anhelar y el miedo insano
 Que tiene á la miseria el avariento;
 Gocemos en Invierno del Verano.

No hagamos lo que Umidio (es breve el cuento):
 Medía el oro y su vestido era
 Más que el de un siervo, sucio y harapiento.

Llegó á temerse de hambre que muriera,
Y una recia ex-esclava de terrible
Hachazo dividióle la mollera.

¿Pero cómo vivir será posible,
Cual Mevio, avaro odioso, ó Nomentano,
Que es un disipador incorregible?

De un salto pasas de la cumbre al llano:
Afirmar que es odioso el ser mezquino,
No es decir que es amable el ser liviano.

De Tanais largo intervalo imagino
Al suegro de Vitelio. Todo tiene
Un medio, fin del hombre, como opino,

Más acá ó más allá ninguno obtiene
Una vida dichosa. Mas tornemos
Al punto de partida. ¿De qué viene

Que todos como avaros elogiemos
El bien de otro, y la oveja del vecino
Porque rinde más leche ambicionemos?

¿Por qué no comparar nuestro destino
Con el de un infeliz á quien la suerte
Condena á la miseria de contino?

¿Por qué siempre anhelar en más tenerte
Que éste y aquél, si el hombre de dinero
Siempre habrá el sitio en que quisieras verte?

Pugna en el circo al carro delantero
Un auríga vencer, y sus bridones
Urge sin ver el que dejó postrero.

Por eso apenas hay en ocasiones
Quien se atreva á decir: "Vida constante
He tenido sin penas ni aficciones."

Y que al tocar en postrimer instante
Esté cual invitado, satisfecho
Del convite vital. Mas ya es bastante,

Pues no quiero que tengas el derecho
De igualarme á Crispín el ergotista,
Si alargo para más probar el hecho
De mis razones la pasada lista.

AMBROSIO RAMIREZ.

San Luis Potosí, á 18 de Octubre de 1896.